

PREGÓN DE LA ROMERÍA DE LA PEÑA (Año 2013)

Buenas noches a todos los presentes en este Templo de la Vega de Río Palmas. En la presencia de Nuestra Señora de la Peña, les doy un cordial saludo de bienvenida.

Hace unos meses el Ayuntamiento de Betancuria me invitó a leer el Pregón de la Romería del presente año. Fue para mí una sorpresa y tardé en aceptar y decidirme.

Me imponía la responsabilidad que supone este acto. Es una tarea difícil por el enorme nivel y el gran prestigio de los pregoneros y pregoneras que me han precedido, aportando, todos ellos, conocimientos amplios y específicos sobre la Virgen de la Peña y la isla de Fuerteventura.

Por otro lado, soy una persona que no me gustan los actos públicos, tampoco me siento buena comunicadora y, por tanto, no me considero la pregonera ideal.

Tengo que reconocer que, para estar aquí esta noche, influyó en mi decisión, el ánimo y colaboración de familiares, amigos, amigas y vecinos de mi municipio, a quienes les agradezco su apoyo.

Vengo desde La Oliva, y como majorera, con humildad quiero aportar algo a las Fiestas de Nuestra Patrona Insular, agradeciendo profundamente y con honor la invitación que me han hecho.

Para empezar, me detengo a recordar el significado de Pregón y la misión del Pregonero o Pregonera.

La Real Academia de la Lengua se refiere a Pregón como la publicación en sitios públicos de algo que conviene que todos sepan y al Pregonero o Pregonera como la persona que lee públicamente una noticia o un hecho para que sea conocido por todos.

Otros significados definen al pregón como un discurso para anunciar al público la celebración de una festividad e invitarle a participar en ella. Esto ha perdido su sentido, pues hoy, los medios de comunicación nos permiten estar informados, globalmente, en todo momento y en tiempo real.

Reflexionando sobre la principal definición de Pregón, pensé en la gran importancia de todo lo que guarda nuestra memoria; la memoria de nuestros mayores y la memoria de

las generaciones futuras. Esa memoria histórica que nos hace “sabios de nuestros pueblos y de nuestra isla”, en la relación más cercana y “sabios de la Tierra” a escala global.

Un pueblo es un pueblo porque tiene memoria. Su riqueza son las personas, depositarias de memoria histórica y el pueblo existirá mientras no la pierda.

Consciente de todo ello me acerqué a visitar a los más ancianos en los pueblos de mi parroquia, para que me contasen su devoción a la Virgen de La Peña.

Estos relatos que me han ofrecido, mujeres y hombres de mi municipio, son la parte fundamental del Pregón, haciéndoles partícipes del mismo y ofreciéndoles con él un merecido reconocimiento.

De sus vivencias, en una generación marcada por la Guerra Civil (1.936-1.939) se desprenden estas realidades:

- La profunda devoción a la Virgen de la Peña.
- La presencia de peregrinos de Lanzarote.
- El recorrido duro y con experiencias divertidas en el camino, hasta llegar a ver la Virgen en su Santuario.
- El mercado de productos locales que existía en La Vega con motivo de la Romería de La Peña.

Estoy segura que otros majoreros y majoreras, de los demás pueblos de la Isla, tendrán vivencias similares o distintas y muy enriquecedoras. Quiero que se sientan también protagonistas y que sepan el cariño y la admiración que sentimos por todos los que han vivido otro tiempo, los últimos cien años, y han experimentado la rápida y profunda transformación que ha sufrido la isla. Mis padres, de vivir, también estarían entre esta generación. Para ellos tengo un recuerdo muy especial y un agradecimiento infinito por el legado de su memoria.

Yo iba caminando a la Peña, en grupos, uno para aquí, otro para allí, y después nos juntábamos en la iglesia, que habían unos muros grandes, grandes, grandes. Allí

cogíamos y llevábamos la comida, porque sabes que no había comida ninguna antes, y allí nos comíamos aquello, y después estábamos esa noche, nos quedábamos allí como en unas celdas, nos quedábamos allí con esteras, nos abrigábamos con una manta si llevábamos o toallas, y hacíamos la noche. Al otro día por la mañana, para nuestras casas.

Nieves Benítez Sosa, El Cotillo, 89 años.

Si escapabas de la guerra, vamos de promesa a la Virgen de la Peña, íbamos caminando de aquí a la Virgen de la Peña. Otros le ofrecían ir caminando, ir descalzos. Una vez vino un cura y nos dijo que para qué ofrecíamos esas promesas tan duras... Entrar de rodillas, desde la puerta allá hasta donde está la Virgen. Y venir otra vez y entrar de rodillas otra vez por allí rezando. Yo no me cargué de medallas, muchos días era el rosario mi medalla... Yo nunca me puse una medalla... Lo que no hice nunca es ir en contra de la religión.

Simeón Saavedra Benítez, Los Lajares, 98 años.

Pero mi tía Juana, mi tía Juana era una fiesta, porque mi tía Juana era más aquello. Fue por allí para abajo y compró un pírmano o unas escobas, y después había un granadero en la orilla del barranco, con unas granadas que daba gusto, y mi tía echaba las echaba al suelo. Y digo yo: ¡ay Dios que esta gente nos echa a la Guardia!. “Mujer, por una granada o dos nos van a echar a la Guardia, no nos vamos a comer una granadita fresquita que están tan buenas”, dijo mi tía Juana. Y las cogimos y después seguimos para arriba.

Antonia Castro Viñas. La Caldereta, 88 años.

No había frutos secos. ¡Es que no había!. Fruta sí, porque cuando eso Vallebrón, Tetir. Casillas, Guisgüey, El Time... había muchos higos pasados, pero yo no los compraba porque no había perras tampoco.

Fermín Rodríguez Pérez. La Oliva, 96 años.

Pues yo vi cuando la guerra mucha gente ofrecer de ir a la Virgen de la Peña, mucha gente, y de aquí de Corralejo, la mayoría de la gente pienso yo que era por promesas que hicieron cuando la guerra. Porque mi madre era una que sé yo que iba por promesas, toda esa gente iba por promesas de cuando la guerra, porque tenían los hijos y por eso iban. Iban allí y le pedía a la Virgen de la Peña: “Virgen de la Peña, sálvame a mi hijo y sigo viniendo a verte, y sigo viniendo a verte”.

Nosotros antes íbamos, costumbres que teníamos de ir... la verdad es que antes se iba a La Peña, ofrecieran promesas o no ofrecieran, antes se iba.

Matilde González Carballo. Corralejo, 98 años.

Si el camino a la Peña, después de pagar las promesas, pues claro, uno se sentaba allí fuera, y empezaban las parrandas, y yo no lo hice nunca, pero muchas se hartaban de bailar, en aquellas tierras y con aquellas piedras...y se divertía uno. Que había quien dijera que todas las fiestas de la isla las perdían, por ir solamente a la de La Peña. Después para acá veníamos caminando también, porque no teníamos coche, sino rempujando un burro, unas veces nos montábamos un pizco y otras veces no...Pero yo cuando eso tenía 26 años, era nueva, y lo hacía una con aquella ilusión y aquella cosa de ofrecer una promesa, y pagarla, como es natural. Otro año fui caminando, ese año no fui descalza, cuando la guerra si fui descalza.

Carmen Fajardo González . Villaverde, 100 años.

Es bonito, la historia esta debe ser algo escrito, que se supiera mañana, porque esto se acaba.

Fermín Rodríguez Pérez. La Oliva, 96 años.

DEL COTILLO A LA PEÑA POR JARUGO

Dña. Nieves Benítez Sosa lo primero que me cuenta es su edad, ochenta y nueve años. Es la esposa de Don Pedro Morales, ya fallecido y madre de doce hijos.

Me habla de su marido, que pasaba temporadas fuera del Cotillo. Estuvo en Panamá, en África, en Algeciras, trabajando en empresas relacionadas con el mar. De allí traía utensilios de pesca que no teníamos ni se conocían aquí, como el “nailon” y las poteras. También preparó un barco con motor por primera vez en El Cotillo. Ese barco le permitió llevar medicinas, con facilidad, hasta Los Molinos y salir a socorrer, con rapidez, a los marineros cuando era necesario.

Don Pedro Morales es recordado en El Cotillo como una persona muy servicial e innovadora. “Para hacer favores era el primero y siempre invocaba a la Virgen del Carmen y de La Peña”.

Dña. Nieves me relata como iban caminando a La Peña en grupos, toda la mocedad de la edad y Miguel Carrasco llevaba siempre el timple. Se detiene para decirme: “*La comida que llevábamos era poca, porque, sabes tú que no había comida ninguna antes, pescado frito y pan cuando había*”.

Salía mucha gente del Cotillo, andando por la costa de Piedra Playa hasta Jarugo y luego cruzando el “fragoso” a Tefía. El camino era muy malo; los de Lajares iban por Cervantes.

Ella me cuenta que fue siempre de soltera y después de casada ya dejó de ir alguna vez. Sus peticiones a La Virgen estaban relacionadas con tener a sus hijos bien.

Algunos pescadores solían llevar a La Virgen bonitos caracoles de mar y conchas marinas. Otros le ofrecían barquitos. Comían todos juntos; había guitarras y timplas y se formaban grandes parrandas. Pasaban la noche en la celda durmiendo encima de una estera o alguna manta.

Al otro día, *si podían*, compraban granadas, cebollas, almendras o algarrobas y volvían a sus casas, en El Cotillo, caminando de nuevo.

EL QUE NO SE ARRIESGA NO TIENE DERECHO A NADA

En Vallebrón, el pueblo del agua escondida, me recibe cariñoso y amable Don José Fuentes de León, nacido un seis de diciembre de 1923.

De pequeño venía andando a la escuela de La Oliva, aprendiendo del maestro Don Miguel Vera.

Con once años se va a trabajar a la Rosa Ucala, por Tefía, y allí está hasta los veinte. Le acompañaba en los trabajos agrícolas Sr. Antonio Marquez, famoso mariscador tristemente desaparecido en el mar. Solían decir “el cuerpito mío lo eché en Tefía”.

Estando en la Rosa Ucala veían pasar la víspera de La Peña cantidad de personas, que iban a La Vega, de Lanzarote y de nuestros pueblos. Al regreso les contaban que se habían quedado “*haciendo compañerismo*”, muchos en las gavias.

Más tarde recuerda al primer camión traído a La Oliva por Don Ramón González, llevando la gente hasta La Vega para ver a La Virgen.

Don José, me cuenta que no iba a la Fiesta de la Peña. Me dice *“las fiestas mías eran Tíndaya, Caldereta o La Oliva”*. En años más recientes, en ocasiones, ha ido en coche y ha entrado a ver La Virgen.

Su experiencia vital es el agua. Siendo niño, algunas noches iba a dormir a la Fuente de Tababaire, acompañando *“al viejo Sr. Celestino”*. Pasaban la noche, “azocados” bajo los riscos, y al amanecer cargaban dos barriles de agua cada uno para llevarlos a casa en burros.

Decidió entonces buscar el agua escondida de Vallebrón y la encontró. *“El que no se arriesga no tiene derecho a nada”*, me dice muy seguro de si mismo.

A su primer pozo, de sesenta metros de profundidad, le bautizó como “pozo canario” y prácticamente fue abierto a pico, pala y barrenos.

Más tarde, Sr. Antonio Peña, sus hijos y otros vecinos abrieron más pozos. El agua encontrada reverdeció Vallebrón con plantaciones de alfalfa, cereales o millo. Pero, sobre todo, fue un gran alivio para el consumo humano. Ya con potabilizadora en Fuerteventura, cuando se produjo el gran aumento de población, el Consorcio no daba abasto. Entonces de los pozos de Vallebrón, salían cada día, entre treinta y cuarenta cubas de agua para abastecer a los pueblos de alrededor.

Don José me repetía una y otra vez *“el que no se arriesga no tiene derecho a nada”*.

Antes de dejar Vallebrón conozco la historia de Pedro Fajardo García, que, *“no salía de las faldas de su madre”*, lo llevaron a la guerra y murió con 17 años. También me cuentan la experiencia vivida por Sr. Hipólito Vera y Sr. Cecilia Torres que vieron marchar al frente a tres de sus hijos: Aureliano, Bautista y Gregorio. Hoy sus nietos y nietas recuerdan las fervientes promesas de Sra. Cecilia, pidiendo por sus tres hijos a La Virgen de La Peña.

DE CALDERETA A LA VEGA, PASANDO POR VALLEBRÓN

En La Caldereta vive Dña. Antonia Castro Viña, gran amiga de Amparito Torres, recordada alcaldesa de este municipio de Betancuria y con quien compartió días de su juventud.

Le acompaña, noche y día, su sobrino y en la visita me muestran todas las imágenes de la Virgen de La Peña que tienen en su cuarto.

Siendo muy jovencita estuvo enferma y al curarse acudió, con su tía, a cumplir la promesa que había hecho a La Virgen. Cuenta que el camino le pareció muy largo, subiendo por Vallebrón y atravesando por Tindaya, Tefía y el Chorrillo.

Al llegar, el sacerdote les acogió y descansaron antes de pasar a la Iglesia. El camino de regreso lo hicieron bajando por Casillas del Ángel a Puerto Cabras para coger el camino viejo de La Caldereta.

Ir y volver andando, con alpargatas, recién salida de una enfermedad, fue una experiencia dura que no volvió a repetir.

Otras romerías a La Peña le fueron mucho más divertidas. Tanto ella como su madre iban en burros. “*El rancho*” se completaba con la tía Juana, de La Caleta, M^a Mercedes, Adolfina, Tomasa Viña ... De comida llevaban queso y viejas asadas y de las higueras de Cosme, cogían fruta, cuando tenían.

En La Vega cumplían sus promesas, se quedaban a dormir y las alforjas de los burros volvían a La Caldereta llenas de pírganos, escobas o baleos que compraban allí; pírganos y escobas que usaba la tía Juana para formar la fiesta en el camino.

En los años de la guerra, “*que encima fueron ruines*”, su hermano mayor estableció contacto con Bonís para trabajar en los tomateros y decidió llevarse a la familia a Gran Canaria. Allí pasaron una temporada viviendo en Pozo Izquierdo, en una casa que les dejó una Sra. de Sardina, mejor que la que teníamos en La Caldereta, “*con piso de cemento y todo*”. Con dos cabras que se llevó su padre y trabajando en los tomateros no les faltó la comida. Al terminar la guerra estaban allí. Regresaron a Fuerteventura y volvieron a visitar a la Virgen de la Peña de quien siempre ha sido muy devota y a quien le está muy agradecida en su vida.

TINDAYA, ENTRE LA HISTORIA Y LA LEYENDA

Dña. María Moséguez de Vera, con 95 años conserva una lucidez espléndida. Es hermana de Sr. Pancho Moséguez, el poeta de Tindaya, ya fallecido. A él le debemos muchos versos. El que voy a recitar, con permiso de sus hijos, sitúan a Tindaya entre la Historia y la Leyenda, uniéndola a la Parroquia de Betancuria.

ABUELO

Voy a relatar una historia,
si la puedo recordar,
me la contaba mi abuelo
cuando yo empezaba a hablar.

Los caletones de Taca,
son un misterio profundo,
donde vivió un matrimonio
siete hijos trajo al mundo.

Que la casa allí existe,
nunca se puede borrar
es la Cueva de las Damas
que tiene puerta al mar.

Una noche muy oscura
él de la cueva salió
con su mujer y sus hijos
a Betancuria marchó.

Cuando iba por media cuesta
al cura se encontró:
“Aquí le traigo a mis hijos
y a bautizarlos voy yo”

“Mucho lo siento hermanito
pero hoy no puede ser,
porque voy a Santa Inés
que murió una mujer”

“Yo soy Ginés Cabrera
y no vacilo un segundo,
si no hace lo que digo
lo quito de este mundo”

Siete hijos que tenía,
siete razas que sacó
creo que de ahí viene
esta generación.

Dña. María recuerda la promesa que ofreció a la Virgen de La Peña cuando su madre sufrió una caída importante y se curó; cumplió la promesa andando con su hermano.

En otras ocasiones iba a La Vega con sus hermanos y otros vecinos y llevando a su madre en burro. Salían por encima de Montaña Quemada y pasaban por el Valle de Santa Inés. Todo el camino lo pasaban muy divertido. Al llegar, lo primero era cumplir las promesas y luego comer algo; recuerda que allí había tunos en abundancia.

La noche la pasábamos, intentando dormir detrás de una pared. La gente de Lanzarote “*hacían*” la noche tocando y cantando.

Regresábamos al día siguiente y la fiesta de La Peña seguía en Tindaya, porque cuando llegábamos, ya José Moreno tenía un baile preparado.

LA PRESA DE LAS PEÑITAS ALUMBRÓ SU NACIMIENTO

Dña. Matilde González Carballo, anda muy cerca de los 98 años y vive en Corralejo. Salió el día de La Peña del año 1.957, a cumplir su promesa a la Virgen, como hacía cada año, sin pensar la sorpresa que le esperaba. El viaje lo hacía en “la minerva” de Vicente Estévez, uno de los primeros taxis que prestaron servicio en nuestra Isla. Venía a La Vega embarazada y acompañada por su tía Luisa, Bartolo, Antoñera y Manuel Calero, “*todos en la minerva*”.

Estando en la Función Religiosa, sintió los primeros síntomas de parto.

Lo comunicó a su tía Luisa y a Vicente, que decidió volver a Corralejo cuanto antes.

La criatura nació frente a la presa de Las Peñitas y fue bautizada como M^a de la Peña, nombre que lleva con mucho orgullo.”*Como nadie llevó cosa de cortar*”, Vicente rompió el espejo retrovisor de su coche para “*cortar la vida a la niña*” ; la agasajaron en una toalla, llegaron a Corralejo y “*¡ hasta la fecha ¡ nunca nos pusimos malas.*” Este relato lo hace Dña. Matilde con mucha emoción.

Hasta hace cinco años, mientras ella podía, iba a La Vega de Río Palmas a ver la Virgen todos los años, como prometió. Hoy lo sigue haciendo M^a de la Peña que tiene unos vivencias muy entrañables de niña recordando como su familia se sentaba fuera de la Iglesia, y como familias de toda Fuerteventura, descansaban comiendo en el barranco a la sombra de un árbol y ella saboreaba las algarrobas, granadas y turrone que su madre le compraba.

Dña. Matilde también recuerda ver los barcos cargados de su tío Domingo Estévez y el “*viejo Patricio Calero*” transportando desde Lanzarote a muchísimas personas que venían con camellos y burros para la Romería de Ntra. Sra. de La Peña. Al salir de Corralejo a cada animal le ponían su silla e iban tres personas “*uno en cada banda y otro en la cruz*”, otros iban andando. Venían un jueves y el regreso a Lanzarote lo hacían el domingo.

EN EL MAR TAMBIEN NOS ACORD ÁBAMOS DE LA VIRGEN

No me voy de Corralejo sin hablar con Don Juan Umpiérrez Calero, pescador de antaño nacido en 1.921 y que con sus hermanos pasó largas temporadas pescando en África.

Me cuenta como pescaban cerca de la costa, incluso desembarcaban para dormir en tierra. Sus buenos recuerdos le transportan a Villa Cisneros, Cabo Blanco o La Güera. Cada mes venían a vender el pescado a Tenerife y era la travesía más temida: con viento y con mar había que navegar y sortear montañas de agua que daban mucho miedo . “*Cuando yo llevaba el timón cerraba los ojos*” y decía: *¡Que sea los que Dios quiera! Y ¡Madre mía de La Peña, si no pasa nada te vamos a ver!*”

Eso hacían antes de volverse a la costa desde Fuerteventura.

De su adolescencia, en los años de la Guerra Civil, recuerda que cuando llegaba el cartero, que era Don Agustín, y venía en burro a casa de Sr. Domingo Estévez sentían ir por las cartas por si traían malas noticias.

En esos años no había diversión en el pueblo y en 1.939 fue muchísima gente, a agradecerle a la Virgen de la Peña el final de la guerra y el regreso de familiares y vecinos.

“Yo también voy todos los años, en coche, caminando nunca fui”. Precisamente esta semana quiero ir a ver La Virgen.

MIS PADRES EMIGRARON A MONTEVIDEO

En Los Lajares, sentados a la puerta de su casa se encuentran Don Simeón y Dña. Margarita, tomando el fresco de la tarde en este caluroso día de agosto.

Don Simeón Saavedra Benítez está en 98 años; habla pausada y lentamente, como saboreando todas las enseñanzas históricas que encierra en su memoria.

Nos cuenta como sus padres emigraron a Montevideo, con cuatro de sus hermanos.
“Ellos aquí no tenían nada”

Allí plantaban *manises, millo* y tenían una yunta de vacas para trabajar el campo.

En Uruguay, había más familias majoreras. Estaba también Juan Betancor que dijo un día “nosotros pa’lla no vamos más”. Decidió no regresar a Fuerteventura y le vendió a sus padres las tierras que tenía aquí. Entonces, se volvieron de Montevideo y él nació estando ya en Los Lajares.

De joven recuerda ir con su madre y su hermano Tomás a la Romería de La Peña:
“Salíamos de madrugada y nos encontrábamos con los de La Costilla”.

A La Peña dice que se procuraba ir bien vestido. Ellos no llevaban instrumentos “las parrandas y la lucha eran en La Peña”. Cuenta que un año, Casimiro Camacho, que iba con los del Cotillo, se llevó un premio en La Vega y añade, pero, *“para mí como cantador Navarro”* que también estaba ese día en la fiesta.

En el cuartel estuvo casi siete años. Al regresar de la guerra fue a pagar la promesa que su madre había hecho por él: *“había gente que entraba de rodillas, descalzos o con un rosario de medallas, pero yo nunca hice promesas duras”*

También nos cuenta lo que pasó con el capitán Requena que mandaba en el destacamento instalado en Corralejo. La víspera de la Romería de La Peña puso unos camiones y un centinela, *arriba en los callejones*, con la intención de que los romeros de Lanzarote le alquilasen los camiones sólo a él para ir a La Vega. El pollo de Uga, un hombre alto, luchador, y otros conejeros se negaron y perdieron de ir a La Peña a pagar sus promesas. Dieron cuenta de esta conducta al cura de la Vega de Tetir, quien lo comunicó a los superiores del Capitán.

A los pocos días *“cerrado lo vi yo en Puerto Cabras, dice que le quitaron una estrella y lo mandaron para La Palma”* *“Yo no lo vi más”*

ESTAS HISTORIAS DEBEN SER ESCRITAS

Así se expresa Fermín Rodríguez Pérez, con 96 años, nacido en La Oliva el 7 de Julio de 1.917, y a quien todos conocemos por Romaldo. Vive en Los Lajares, no se pierde una luchada y tiene una salud de hierro.

Sus recuerdos de la Romería a la Virgen de La Peña se remontan a su niñez cuando acudía con sus padres en camello; ellos tenían animales porque trabajaban en la labranza.

“Íbamos por Los Caideros y seguíamos por Los Llanos y El Valle hasta llegar a La Villa. Salíamos de La Oliva con Ruperta, Pedro Morales, Manuel, Isabel, muchos devotos de promesa y siempre encontrábamos caminando a José Medina. Allí oíamos Misa, rezábamos a La Virgen y nos volvíamos al día siguiente”.

Insiste en que la comida que llevaban era muy poca, porque algunos años no había nada que comer y otros no había perras con que comprar: *“la vida de antes no es creída, no la creen hoy”.*

Higos pasados sí habían porque Vallebrón, Guisgey, El Time daban muchos higos...

Movilizado y en la guerra estuvo bastantes años.

¡La guerra fue un desastre! ¡Muchas promesas a la Virgen de la Peña se hicieron desde el frente!

¡Qué bonita es la Virgen de La Peña ¡ Una imagen muy Bonita! Creo que debemos ir a verla todos. Yo si pudiera iba todos los días. ¡Soy un medio santurrón!

TENGO LA CABEZA LLENA DE PENSAMIENTOS

Una de las impresiones más bonitas de estas conversaciones es la frase que me ha dicho Dña. Carmen Fajardo *“tengo la cabeza llena de pensamientos”.* Con cien años, ya cumplidos, no para de pensar *“¿En qué empleo yo los años? Y más ahora que no voy a ninguna parte. Me acuerdo de todo. El mundo está hoy distinto por todos fines...”*

Nos cuenta que a La Peña iba ella muchas veces. *¡Todo lo que ofrecía me parecía poco!. La promesa más grande la hice cuando mi marido estaba en la guerra. Fui caminando, descalza, desde casa de mis padres en Villaverde y llegué bien, gracias a Dios. Todas las muchachas teníamos promesas el año 39 y muchas íbamos de rodillas*

desde que alcanzábamos a ver la Iglesia hasta entrar en ella. La primera visita era a La Virgen: verla, rezarle, confesar y comulgar. Ofrecer las promesas lo hacía uno con ilusión.

Esta anciana de cien años continúa su relato, con claridad y coherencia, diciendo que, casi siempre, había un grupo de conejeros que se venían de Lanzarote desde el miércoles con guitarras y timplés. Entonces la comisión de Villaverde anunciaba *¡Que vienen los conejeros!* Y organizaba baile en el casino. Allí se juntaban los del pueblo y, a los claritos del día *“camino que te pego” pa’ La Peña*”.

El camino lo hacíamos desde Villaverde por una vereda, unos atrás y otros “alante”. Íbamos todos juntos, muchachas y muchachos, *“alegando” y hallándolo todo bueno. Algunos se ponían a bailar y a reírse viendo a los otros parrandiar y dándose gusto.*

De la costa también iban las viejillas caminando. *Me acuerdo que señora María se “espantaba” para asustarnos y salía corriendo por aquellos “chirabitales” pa’ bajo “*En ese tiempo, *“Uno hablaba y se divertía con penas y trabajos”.*

Como era el tiempo de los tunos, nos acercábamos a las pencas, comíamos y seguíamos.

En El Chorrillo se les echaba de comer a los burros y nosotros también comíamos algo: gofío, viejas asadas con mojo. Es que si uno no llevaba algo de comer *“el alma se le arrancaba”.*

La ropa limpia iba en un “belillo” amarradito por las cuatro esquinas.

Cuenta que llevaban agua para el camino y cuando se terminaba la vereda, bajando la montaña, había un pozo. Allí bebíamos y cogíamos agua.

Una vez me acuerdo de ver dos mujeres ya mayores, dos hermanas, una *“guindando”* en un pozo, y no crea que temprano, oscureciéndose ya, y la otra por detrás *“garrándola”* no sea que se fuera dentro, y , diciendo *¡Dios nos libre que mi hermanita se me caiga! Y dije yo ¡lo que es la habilidad! Y estas mujeres desde que la de “alante” despida, la segunda “traspone . ¡El conocimiento no les alcanza pa’ más!*

Pero, pasados los años, no siempre hicimos todo el camino andando. Muchas usábamos el camión que trajo Don Marcial Martín que nos dejaba en el Valle de Santa Inés. De allí si íbamos caminando hasta La Vega.

La Fiesta de La Peña, era de mucha gente, de distinta manera de ser y daba para todo. Precisamente yo me gocé una vez una pelea, entre dos hombres, *que me dio hasta miedo.*

Otra vez me acuerdo que entró una muchacha joven con un traje sin mangas a la Iglesia y el cura la hizo salir a ponerse una rebeca. “*Y hoy veo yo las muchachas de cualquier manera en Misa y pienso ¡Si el cura de La Peña las coge!*”

Y termina ***¡El día de La Peña es para todos! Había quien dijera que todas las fiestas de la Isla las perdía por ir solamente a La Peña.***

¡ Que entrañables relatos las de estos majoreros y majoreras! Son pequeños trozos de historias de vida, reflejos de otras muchas depositadas en el corazón y la memoria de nuestras gentes.

La vida que les tocó vivir, hace cincuenta, cien años, hoy es como un sueño en nuestra isla. Nada es igual, ni siquiera parecido.

Y si nos vamos con la imaginación un poco más atrás en el tiempo la miseria estaba generalizada en toda la isla, sobre todo, en los períodos de sequía.

La situación actual es bien distinta, por el desarrollo y bienestar alcanzado en los últimos años, pero al mismo tiempo muy preocupante y motivo de profunda reflexión.

La Pregonera del año pasado Dña. Genoveva Torres Cabrera nos hablaba de un mal sueño. Este año, la sensación es de una pesadilla, que no acaba de pasar.

No he tenido la suerte, como ella decía, de anunciar que hemos despertado.

Ante esta realidad, en este verano pensaba:

¿Y si nos despertamos, todos, unos a otros, poniendo nuestras energías en anunciar en esta Fiestas de La Peña la isla que queremos?

Yo digo en voz alta la Isla que quiero:

- Una isla dónde sus gobernantes luchan por el trabajo, digno y sin explotación, para todos y cada uno de sus habitantes. Luchen también por defender el derecho a la sanidad universal, a la educación y a la cultura. **Es urgente no**

dejar perder todo lo conseguido en el ámbito social y en el ámbito del bienestar de las personas. Es preocupante que la caridad esté sustituyendo, en muchos casos, a la justicia y a la responsabilidad de las instituciones.

- Una isla que de prioridad a la reconstrucción y conservación de su patrimonio cultural, material e inmaterial, como base y eje fundamental del crecimiento de la comunidad.
- Una isla donde, la prioridad de los medios de comunicación, sea divulgar noticias generadas por nuestros jóvenes, vecinos, colectivos y pueblos. Noticias positivas, formativas, que reflejen el compromiso, el compartir y que creen conciencia crítica e incidan en la reflexión.
- Una isla donde todos, niños, niñas, jóvenes y adultos, conozcamos nuestra historia, seamos protagonistas en ella y conscientes de que la misma la construimos entre todos, individual y colectivamente.
- Una isla abierta al mundo, pero que apueste por lo sencillo, lo cercano, lo familiar. Que apueste por un crecimiento integral y acorde entre el uso racional de sus recursos naturales y los nuevos avances tecnológicos.

Creo en ello y tengo ilusión en comprobarlo. Todos, pongamos nuestras energías en conseguirlo. Casi siempre, todo lo que se desea vivamente y se trabaja se consigue. En una libreta de coplas canarias, recogidas en La Oliva, hace unos años, encontré esta:

**Yo puedo perderlo todo
menos mi fe y mi esperanza
porque las tengo escondidas
donde nadie las alcanza.
Puedo perderlo todo
menos la fe y la esperanza
porque las tengo escondidas
donde nadie las alcanza.**

A todos los habitantes de esta Isla ¡**FELICES FIESTAS DE LA PEÑA!** y un recuerdo, especial y cariñoso, para los que se encuentran lejos de Fuerteventura.

Muchas gracias por la atención prestada y ¡ Buenas noches!

